

y siete tharés habia,  
y siete tribus hicieron.

Mas, aunque así divididas,  
por afecciones sinceras  
siempre quedarón unidas,  
y así las armas, temidas  
eran sólo de las fieras.

Continuaban venturosos  
del gran Nahuatlac los nietos;  
pero el cielo en sus decretos  
trajo tiempos no dichosos.....  
veneremos sus secretos!

Un año, el gilotli blando  
del tlaolli se secó,  
la caza desapareció,  
y el cazador, suspirando,  
sin la caza se volvió.

Al triste suelo sediento  
la lluvia ya no llegaba,  
y en vano nubes el viento  
reunia por un momento,  
porque el sol las disipaba.

Llenos de afliccion, en vano  
clamaban todos al cielo,  
desde el niño hasta el anciano:  
ni la lluvia bajó al suelo  
ni la tierra brotó el grano.

No pudiendo ya sufrir  
de su pueblo la afliccion,  
cansado ya de gemir,  
bajo un árbol Huitziton  
se tendió para morir.

Apenas estuvo allí,  
sobre el árbol bajo una ave  
mas linda que el colibrí,  
y en acento muy suave  
dijo: "Vámonos de aquí."

Huitziton la oyó admirado;  
pero ese acento creyendo  
que era del cielo inspirado,  
se paró, mas que asombrado  
al cielo gracias rindiendo.

Corrió al tharé, que era el santo  
Tepaltzin, y apenas lo hubo  
hallado, bañado en llanto  
lo llevó al árbol y en tanto  
el ave quieta se estuvo.

Vinieron con grande anhelo  
los dos, y al llegar allí,  
se alejó el ave del suelo;  
pero al levantar el vuelo  
dijo: "Vámonos de aquí."

El pueblo, aquello escuchando,  
bien comprendió que el destino

de Aztlan lo estaba arrojando,  
y se levantó, y llorando  
emprendió luego el camino.

Siempre pensando en Aztlan,  
pues siempre la patria es cara,  
atravesó con afán  
los montes de Tarahumara  
llegando á Hueicolhuacan.

Siguió de allí conducido  
del tarépití Tenoch,  
hombre de Teotl protegido  
y en todas artes instruido,  
y llegó á Chicomostoc.

Era la tierra abundante,  
y ya el caudillo divino  
pasar no quiso adelante;  
mas todo el pueblo inconstante  
quiso seguir el camino.

Se afligió el tharé prudente;  
mas fué su voz impotente  
y siguieron el viaje,  
y con Tenoch solamente  
quedó el sétimo linaje.

Y quedó, aunque se oponía  
Mexi, su gefe, á quedar;  
pero la tribu quería

y á Tenoch obedecía,  
y él se quedó á su pesar.

Los Tenochques nuevamente  
patria y hogar encontraron,  
gracias al cielo clemente,  
y de nuevo, complaciente  
allí á la fortuna hallaron.

Mexi tan solo se hallaba  
por la demora á disgusto,  
y del taré murmuraba,  
pero la tribu escuchaba  
tan solo á Tenoch el justo.

Pero Mexitzin creía  
que al cabo de muchos viajes  
una gran tierra hallaría,  
y que fuese no quería  
de los otros seis linajes.

Una tierra que tuviera  
agua que del peñon mana,  
que es riqueza verdadera,  
y nopales produjera  
que dan la preciada grana.

Tierra fértil y florida  
que de Teotl protegida  
fuera en águilas fecunda,  
pues la águila solo anida  
en donde la caza abunda.

Por eso estaba impaciente  
al contemplar la tardanza  
del Tarépití prudente,  
que no tenía alma ardiente  
ni abrigaba su esperanza.

Estaba al revés cansado,  
y su fuerza ya vencida  
de tanto haber caminado  
y ansiaba sin cuidado  
tan solo pasar su vida.

En tanto la tribu entera  
como á oráculo le oía,  
pues de Dios amado era,  
y con afección sincera  
lo amaba y lo bendecía.

Así, aunque en Aztlan pensando,  
á fuerza de bienestar  
iban á Aztlan olvidando,  
aunque siempre suspirando  
en su otra patria al pensar.

¿Pues quién ingrato olvidara  
de su patria el dulce suelo?  
¿Quién en ella no pensara,  
é insensible no llorara  
viéndose bajo otro cielo?

Siempre la encontramos bella,  
y entre los países otros

con luz mas viva destella,  
porque algo tenemos de ella  
y algo tiene de nosotros.

Lástima por eso dan  
los hijos del gran Tenoch,  
pues tras de dejar á Aztlan,  
á abandonar tambien van  
al bello Chicomostoc.

Viendo que se iba acercando  
ya á su fin, Tenoch el bueno  
llamó á Mexi suspirando,  
y con él se estuvo hablando  
hasta que murió en su seno.

Mexi al pueblo congregó  
junto al teócpalli sagrado  
que Huitzilopochtli amó,  
y allí al pueblo congregado  
de esta manera le habló:

“Oid pueblos. El grande hombre  
“marchó de su padre en pos.  
“¡Que mi acento no os asombre!  
“yo hablo de Tenoch en nombre  
“y él habla en nombre de dios.”

“El, poco antes de morir  
“me llamó á sí, me bendijo,  
“y clamó: voy á partir.”

"Luego, lo que vais á oír  
"como inspirado me dijo:"

Una órden á escuchar óas  
de Huitzilopoztli el fuerte;  
tú el encargado serás  
de cumplirla; tú lo harás  
luego que llegue mi muerte.

Ordena cual soberano,  
y resistirlo es en vano.

Manda al sétimo linaje,  
que llevado por tu mano  
emprenda de nuevo el viaje.

"Una tierra preparada  
"les tengo. Tierra preciada,"  
dijo, "que un gran bien encierra,  
"tu tribu una vez llegada  
"será dueño de esa tierra."

"Y protegida por mí  
"mas que lo ha sido hasta aquí

"sentará allí sus pendones,

"dominando desde allí

"como reina las naciones."

"Voy á darte una señal

"para que halle esa comarca:

"Verá una águila caudal,

"que es de las aves monarca,

"descansando en un nopal."

Huitzilopoztli esto dijo,  
tento en la memoria fijo  
y de bienes serás lleno.  
yo en su nombre te lo ordeno  
pues te amo como á mi hijo.

Y alzando la voz: Ahora  
tribu de dios protegida,  
de partir llegó la hora  
á la tierra prometida  
donde serás la señora.

El pueblo á su voz sumiso  
luego á Mexi obedeció,  
y al momento, cual lo quiso  
en busca luego partió  
de aquel nuevo paraíso.

Los mexicanos llegaron  
poco despues á Cocula,  
y adelante continuaron  
su camino, y no tardaron  
en acampar en Sayula.

De allí á Colima la hermosa  
los condujo la fortuna,  
y tras marcha muy penosa  
á la ribera preciosa  
de esta apacible laguna.

Jamas lugar mas ameno  
ni bello habian hallado;

siempre está el cielo sereno  
y siempre de flores lleno  
por dó quier se encuentra el prado.

De quedarse aquí tenían  
todos el proyecto igual,  
pero á su gran dios temian,  
pues encontrado no habian  
el águila en el nopal.

A seguir los obligaba  
esto, su camino incierto;  
pero lástima les daba  
ver que la tribu dejaba  
tan bello país desierto.

Para habitar sin temores  
este país que ya aman  
por sus aguas y sus flores,  
al consejo, los mayores  
Teotilamacazques llaman.

En efecto, se reunieron  
y un medio buscar quisieron;  
y creyendo haberlo hallado,  
de un taré muy venerado  
este consejo siguieron:

Dijo—"Cuando alguna gente  
"énte en la laguna al baño,  
"sus ropas violentamente

"nos tomamos de repente  
"sin que sientan el engaño.

"Y así, cuando ya lleguemos  
"á la tierra codiciada  
"adonde llegar queremos,  
"en esta nacion tendremos  
"una ventajosa aliada."

Lo hacen así; lisonjeros  
invitaron con halago  
al baño; entran los primeros,  
y cuando salen del lago  
se encuentran sin compañeros.

No pudiendo, con pesar,  
á la tierra, en su viaje,  
tan prometida, llegar,  
tuvieronse que quedar,  
pero llenos de corage.

Al punto que se reunieron,  
viendo de los mexjcanos  
la traicion que les hicieron,  
por siempre desconocieron  
á sus antiguos hermanos.

Un caudillo luego hallaron  
y este fué el justo Atloctzin  
á quien siempre veneraron,  
y por rey lo proclamaron  
llamándolo Caltzontzin.

Este, la nacion entera  
 repartió por heredades;  
 y porque en órden se hiciera,  
 mandó alzar en la ribera  
 del gran lago sus ciudades,

Y que á distancias iguales  
 quiso que estuvieran ellas,  
 de esta órden dando señales,  
 para auxiliarse en sus males  
 y para hacerlas mas bellas.

Por eso luego mandó  
 que el pueblo todo formase,  
 y á su frente colocó  
 á un achá, al cual ordenó  
 que una flecha disparase.

En donde el dardo caia  
 se alzaba el pueblo primero,  
 y luego el rey repartia  
 las familias que queria,  
 pues era muy justiciero.

Desde ahí se disparaba  
 otra flecha, é igualmente  
 en donde el dardo paraba,  
 un pueblo se levantaba,  
 y luego se iba al siguiente.

Que mientras fueran siguiendo,  
 habia mandado el rey,

atras nadie fuera viendo;  
 pero una guari, á esta ley  
 faltó, la cara volviendo.

Se detuvo sin demora  
 allí el pueblo; no podia  
 continuar en aquella hora:  
 y el lugar es todavía  
*Eronguaricaro* ahora.

Este nuestro origen fué;  
 por eso á los mexicanos  
 con odio siempre se ve  
 aunque son nuestros hermanos.  
 Así concluyó el tharé.